

Hoja Dominical

Diócesis de Albacete



facebook.com/diocesisdealbacete
twitter.com/DiocesisAlbact

3 Abril 2016
II Domingo de Pascua
Domingo de la Divina Misericordia

La misericordia y la cruz: la otra cara de la verdad maltratada

Luis Delgado

El papa Francisco explicó en una homilía en Santa Marta que la misericordia divina es una gran luz de amor y de ternura, que es la caricia de Dios sobre las heridas de nuestros pecados, y lo hizo a partir del Evangelio de la adúltera perdonada, del episodio en el que los fariseos y los escribas llevan ante Jesús a una mujer sorprendida en adulterio y le preguntan qué hacer de ella, teniendo en cuenta que la ley de Moisés preveía la lapidación, por tratarse de un pecado considerado gravísimo. Y ello tras un pecado que, de no pasarse por alto por parte de Jesús, les hubiera llevado hacer un juicio a su falta de humana compasión con la mujer, y de haberla perdonado, a condenarlo por quebrar la ley y permitir conductas inmorales.

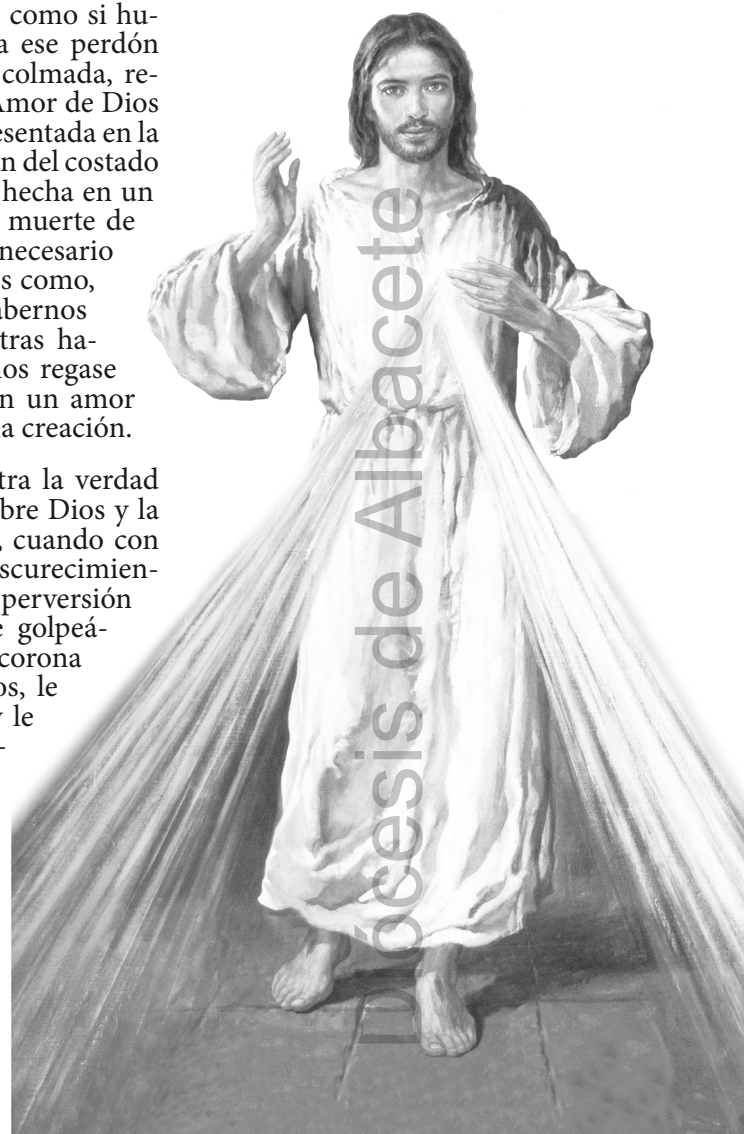
El caso es que se olvidan de la mujer, y sólo cuando se van de ahí, interpelados por sus propias culpas, es cuando Jesús entra con su infinita misericordia donde afirma: "Yo tampoco te condeno. Ve, ve y de ahora en adelante no peques más". El Papa nos dice que no nos engañemos, que lo que quita el pecado es el perdón de Dios, y sólo desaparece el pecado si somos perdonados, es decir confesándonos. Y nos guste o no, es así.

Pero aquí hay más que perdón, pues no le quita a la adúltera la fea consecuencia de su conducta, sino que le perdona de un modo tierno, luminoso y pleno, donde Jesús es Juez, pero también es Abogado, defendiéndola de los acusadores, como podemos esperar que hará con nosotros, defendiéndonos sobre todo del gran acusador, del Maligno, de aquel que cuando tengamos juicio ante Él hará que recordemos nuestros pecados, nuestras crueldades y nuestra maldad.

De alguna manera es como si hubiera un extra infinito a ese perdón hecho con una medida colmada, rebosante y generosa del Amor de Dios y es agradable verla representada en la sangre y el agua que nacen del costado de Cristo de una herida hecha en un momento posterior a la muerte de Jesús en la Cruz. Era innecesario hacerle más daño pero es como, si el mismo Jesús, tras habernos redimido con la Cruz, tras habernos hecho justicia, nos regase de un perdón hecho con un amor inmenso que llena toda la creación.

Si la Cruz nos muestra la verdad maltratada, la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre, cuando con nuestra debilidad, el oscurecimiento de la conciencia o la perversión que provoca del mal le golpeábamos, le poníamos la corona de espinas, nos burlamos, le clavábamos en la cruz y le atravesamos con la lanza, con la Misericordia Divina se nos muestra la otra cara de ese perdón amoroso, tierno e inabarcable al que más tenemos derecho cuanto más pobres y pecadores somos, y que nos obliga a retornar el

corazón a Jesús, amando al prójimo, confiando en que su misericordia va a ser plena. Así será siempre y cuando no rechacemos el Perdón y la Redención que nacen de la Cruz, que se resume también en recta justicia, huyendo del abuso y siendo compasivos con los demás, con el fin, de que llegado el último aliento de esta carrera, lleguemos triunfantes. Evitemos pues, conocer la verdad demasiado tarde, cuando no podamos hacer nada para cambiar. La vida es muy corta, y el tiempo un regalo.



Formación

La medicina de la misericordia

Pág. 2

Mons. Ciriaco Benavente

La resurrección reanima y resucita la fe

Pág. 3

Hablando con...

Jesús Higuera

Pág. 4

A PARTIR DE MAÑANA

Semana de la Familia

► Del 4 al 6 de abril se celebrará la XXVI Semana de la Familia. Comenzará el lunes 4 de abril, solemnidad de la Anunciación del Señor (trasladada del 25 de marzo) y día en el que también se celebra la Jornada por la Vida con una Eucaristía a las 20 h. en la S.I. Catedral presidida por nuestro obispo. El martes 5 y el miércoles 6 habrá una charla a las 19:30 h. en el Salón de Actos del Obispado, a cargo del padre franciscano José Luis Parada. El primer día hablará sobre "La misericordia en la familia" y al día siguiente el tema será "La familia: Orientación familiar del siglo XXI".

COF

Inauguración

► El próximo día 6 de abril se inaugura el Centro de Orientación Familiar "Sagrada Familia" (COF) dependiente del secretariado de Pastoral Familiar de nuestra Diócesis. Se trata de un servicio de orientación y ayuda a las familias de toda la Diócesis. Está situado en la calle Lepanto 76 3º dcha. de Albacete. El teléfono es: 967 25 66 38. El horario de apertura será los martes de 10 a 13 h. y los jueves de 17 a 21 h.

JÓVENES

Encuentro Regional

► Los jóvenes de Castilla la Mancha tienen una cita los días 9 y 10 de abril en Guadalajara, en donde se celebrará el Encuentro Regional de Jóvenes. Está dirigido a adolescentes y jóvenes de entre 13 y 35 años. El objetivo del Encuentro es que los jóvenes de la región tengan un espacio para convivir y conocerse así como preparar la Jornada Mundial de la Juventud que se celebrará este verano en Cracovia.

CONFER

Jornada de formación

► Confer Albacete ha organizado una Jornada de Formación sobre la Vida Consagrada. El tema será: La misericordia entrañable del Padre. Está dirigida tanto a religiosos como a laicos. Será el sábado 9 de abril, en el colegio Dominicas (C/Salamanca), de 10:30 h. a las 18 h. Terminará con la celebración de la Eucaristía. La Jornada contará con la ponencia del padre Trinidad León, Misionero de la Consolata.



La medicina de la misericordia

8. Vuelven a la mente las palabras cargadas de significado que san Juan XXIII pronunció en la apertura del Concilio para indicar el camino a seguir: «En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad... quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella». (Misericordiae Vultus 4)

Fco. Javier Avilés

Si en algún momento se confundió la verdad de la fe con la imposición intolerante, el Vaticano II nos reconcilió con nuestra más auténtica identidad, querer como las madres, curar como el Evangelio, comprender como el que se sabe perdonado, amar como Él nos amó primero. En esa misma homilía de la apertura del concilio, el papa Roncalli también distinguió entre la verdad inmutable y las fórmulas que a lo largo del tiempo transmiten esa verdad, con sucesivas adaptaciones que permitieran decir lo que no cambia con el lenguaje de cada momento, profundizando cada vez más su verdad.

En esa fidelidad a lo esencial hay que asumir cambios en los modos de pronunciar lo que está destinado a ser comprendido por la humanidad que es su verdadera destinataria. Eso no quiere decir que la Iglesia abdicue de su responsabilidad para con la integridad y verdad del mensaje que debe transmitir, de las orientaciones morales y doctrinales con las que ayuda a vivir ese mensaje.

Pero no puede convertirse en un tribunal que acabe rodeando con un cerco de miedo la verdad de la fe, que es una verdad para vivirla y ponerla en práctica con el amor que Dios es y nos pide. Misericordia, amabilidad, paciencia, bondad... esos son los más auténticos registros en los que se podrá hacer comprensible y atractiva la verdad del Evangelio, que Dios nos ama y quiere para nosotros la dicha de conocer ese amor y compartirlo con nuestros hermanos. El Jubileo de la Misericordia, a los 50 años de la clausura del concilio Vaticano II (8 de diciembre de 1966) es una digna recuperación del lenguaje y el manual de cortesía evangelizadora que la Iglesia consideró que mejor puede servir para nuestro tiempo.



LA PALABRA

1ª: Hch. 5,12-16 | Salmo: 117
2ª: Ap. 1,9-11a.12-13.17-19 | Evangelio: Jn. 20,19-31



Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo».

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «¿Señor mío y Dios mío!» Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto».

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.



La resurrección reanima y resucita la fe

Hay personas que gozan de una fe firme, sin fisuras; pero no es eso lo habitual. Se ha definido a la fe como la capacidad de soportar las dudas. La fe no se nutre de evidencias, sino de dudas superadas, profundizadas, de experiencias hondas. La fe que emana de la resurrección de Jesús es el centro del cristianismo. En medio de nuestras oscuridades la fe se abre camino en la prueba y se acrecienta en la noche.

Los discípulos habían visto cómo la muerte se había cobrado su triunfo más brillante y más cruel: Jesús de Nazaret, el que pasó haciendo el bien y sembrando esperanza, el único inocente, había sido procesado y condenado; había muerto en cruz y ahora yacía sepultado. Con su muerte había muerto la esperanza. El desconcierto, la frustración y el temor, un temor lúcido, frío e inamovible se había apoderado del corazón de los discípulos. Y ahí están ahora muertos de miedo, como perros apaleados. Una losa más grande y pesada que la del sepulcro había caído sobre ellos. Aparentemente todo había acabado. Allí quedaban enterradas todas las experiencias compartidas, toda la esperanza depositada en el joven profeta galileo por el que, un día, lo habían dejado todo.

“El primer día de la semana, estando reunidos los discípulos en el cenáculo con las puertas cerradas por miedo a los judíos, Jesús se presentó en medio y les dijo: - La paz con vosotros. A continuación les mostró las manos y el costado”.

Ahora, cuando aparece Jesús resucitado,

no se lo pueden creer. Tiene que mostrarles las marcas de los clavos y la cicatriz todavía fresca de la lla-ga del costado. Y la tristeza se convirtió en alegría: *“Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor”*, dice el evangelista Juan, que nos cuenta la escena.

Así debe ser nuestra alegría pas-cual. Y qué hermoso lo que sigue, qué prueba de confianza: *“Alentó sobre ellos y les dijo: - Como el Padre me envió, yo os envío: Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”* (Jn.20,23). A unos pobres hombres, que le habían abandonado y negado hacía tan poco tiempo, les encarga ser ahora sus labios, sus manos, su rostro.

No es el ánimo o el entusiasmo lo que hace resucitar a Jesús en la conciencia de los discípulos, es la realidad de la resurrección lo que reanima y resucita la fe de los discípulos. El resucitado no sólo está vivo, es dador de vida. Por eso, alienta sobre ellos el soplo de vida que es el Espíritu Santo.

Los signos de este resurgimiento son dos: el primero es la misión como participación en la misión misma de Cristo; el segundo es el perdón de los pecados y la capacidad de perdonar, hasta el punto de que lo que el enviado realice, bajo la acción del Espíritu Santo, será ratificado por Dios mismo.

Tomás no estaba en el grupo cuando vino el Señor. Sólo llegó a tiempo de presenciar el entusiasmo y el gozo de sus compañeros. Parece que le molestó ver lo pronto que

aquellos hombres, tan cobardes y mezquinos, se había aupado al carro del triunfo como unos pobres ilusos. Tomás necesitaba ver las llagas que habían preparado y merecido aquel triunfo, si es que era verdad que el crucificado había re-

El resucitado no solo está vivo, es dador de vida. Por eso alienta sobre ellos el soplo de vida que es el Espíritu Santo

sucitado. Sabía que las exaltaciones pseudo-místicas son poco fiables.

A los ocho días se presentó de nuevo Jesús estando ya Tomás presente. Conocemos lo que pasó. Tomás nos ha dejado una preciosa confesión de fe, y, como respuesta, Jesús nos regaló la última bienaventuranza del Evangelio: *“¡Dichosos los que crean sin haber visto!”*.

“La incredulidad de Tomás, escribe san Gregorio Mago, ha sido para nosotros más útil que la fe de los discípulos que creyeron”. Ahora sabemos que estamos en el camino de las bienaventuranzas cuando *“le amamos, sin haberlo visto”* (1 Petr.1,8).

No es por azar que el evangelista sitúe ambos hechos en el domingo, el primer día de la semana. Cuando Juan escribe su evangelio ya habían empezado las persecuciones. Y sin embargo, cada domingo, misteriosamente, cuando se juntaban para *“la fracción del pan”*, sentían que era Pascua, que allí alentaba el resucitado en el corazón de sus vidas, dándoles fuerza para vivir y afrontar los peligros. Y se llenaban de alegría, se fortalecía su esperanza y se renovaba su corazón; se sentían enviados en medio de un mundo frecuentemente hostil, portadores de la misma misión de Jesús para renovar la creación.

Ciriaco Benavente



Todos estamos llamados a ser Misioneros de la Misericordia

Hace unos días se celebró en Albacete el II Encuentro Diocesano de la Divina Misericordia. Jesús Higuera fue invitado a este encuentro. Se le conoce como el "cura de la tele" ya que es un asiduo colaborador de 13 TV en las emisiones del domingo. A la faceta de periodista hay que unir la de ser un gran sacerdote y se comprende muy bien que haya sido elegido por el Papa en este año como Misionero de la Misericordia. Amablemente responde a nuestras preguntas.

Hoja Dominical. ¿Quiénes son los Misioneros de la Misericordia?

Jesús Higuera. Es un grupo de sacerdotes de diferentes países enviados por todo el mundo para anunciar el amor, la cercanía de Dios, hacer ver que Dios nos quiere a todos, tal como somos. Y a la vez invitan a todos a acercarse a buscar el perdón y poder descubrir la gracia inmensa del Sacramento de la Penitencia. A los Misioneros de la Misericordia nos ha dado el Papa el poder de perdonar todos los pecados, también esos que están reservados a la Santa Sede.

H.D. ¿Cómo unir Misericordia con la Nueva Evangelización?

J.H. Muchas veces nos preguntamos: ¿Cómo es posible que muchos jóvenes que han sido educados en familias cristianas hoy se encuentren tan alejados de Dios? Pues en este año se quiere insistir que una manera privilegiada de evangelizar

es hacer ver a la gente que Dios nos ama, descubrir la gran misericordia que tiene hacia todos nosotros. Así también nosotros, a su vez, tenemos que hacer visible este amor, esta misericordia con nuestra manera de vivir, a través de las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales.

H.D. ¿Cómo hacer que nuestras parroquias sean más evangelizadoras?

J.H. Hay que llegar a ver a la parroquia como la casa de todos. En ella se celebra el inicio de la vida, el final de ella y otros grandes acontecimientos de nuestro día a día. Ella debe ser el lugar privilegiado de anunciar el amor de Dios. La parroquia no se puede convertir simplemente en un lugar burocrático para arreglar papeles, sino ser una casa cálida donde se encuentra el amor de Dios que se refleja en el amor a los hermanos, lugar en el que se vive una convivencia fraterna. La parroquia debe ser una casa abierta a todos, que muestre lo que nos recuerda el Papa cuando dice que la Iglesia es madre de todos, casa de Dios y de los hombres.

H.D. Pero vemos que mucha gente se aleja, porque no ve todo esto en las parroquias

J.H. Todos debemos entonar nuestro mea culpa. Tal vez nos hemos descuidado, no hemos sabido acoger a la gente como se debiera. Esto lo tenemos que reconocer los mismos sacerdotes, también los seglares. Pero todo tiene arreglo y podemos cambiar ciertas actitudes para construir una parroquia más acogedora. Tenemos que conseguir que la puerta de cada parroquia sea una puerta

santa, es decir, una puerta abierta por la que todos puedan entrar para encontrarse con el amor de Dios.

H.D. Nos ha dicho también que el Año Santo tiene como objetivo anunciar el Perdón de Dios.

J.H. Así es. El Papa ha querido poner en el centro del Año de la Misericordia el poder descubrir toda la riqueza que tiene el Sacramento del Perdón. El mismo Papa nos dijo en el encuentro que tuvimos el miércoles de Ceniza, día en que nos envió como misioneros, la vivencia que tuvo en una confesión en el año 1953, y el sorprendente efecto que produjo en su alma. No se acordaba de lo que se confesó, ni qué palabras le dijo el confesor, pero en aquel momento sintió una luz tan grande en su interior que ese día decidió ser sacerdote. A la dificultad que algunos ponen de por qué hay que confesarse con un hombre, es porque el mismo Señor ha querido esta mediación. Pero tengamos claro, que cuando un sacerdote dice "Yo te perdono tus pecados" es el mismo Jesús quien lo perdona.

H.D. ¿Qué podemos hacer para reavivar este Sacramento en nuestras parroquias?

J.H. Hay que hacer apostolado de este Sacramento. Quien lo haya recibido que lo diga y muestre a los demás el bien que le ha hecho. El que tenga amigos o conocidos que les cuesta mucho acercarse al confesonario pues que los anime diciendo que no es tan difícil y que les hará mucho bien.

H.D. Y nosotros, ¿Cómo podemos ser Misioneros de la Misericordia cada día?

J.H. Para ello en primer lugar hay que sentirse amados por Dios y después anunciarlo a los demás. Hay que estar al lado del que está triste, del que nos necesita. Que al vernos a nosotros viviendo en paz y con gozo lleguen a comprender que todo esto nos viene de Dios. En una palabra buscar todos los medios posibles para que la gente pueda acercarse a Dios. Mi parroquia es un lugar jubilar y estoy viendo la cantidad de gente que después de muchos años vienen a confesarse. Y veo que esto es porque otros les han ayudado a dar este importante paso.

